

La casa

1.

voces y cervezas a la luz juguetona de una vela, agotados tras tanto arrastrar muebles y limpiar suelos, y salió de la cocina y se metió en la habitación. Al principio nadie dijo nada, pasamos un rato inmóviles, mirando el marco vacío, la oscuridad al otro lado, escuchando el batir desbocado en nuestros pechos. Al fin me levanté y caminé hasta allí. La habitación estaba vacía.

Durante días no volvimos, por miedo, por desconfianza. Pero nos juntábamos en la puerta, y poco a poco el miedo fue diluyéndose y se volvió un gruñido, una reclamación: la casa, ahora, era nuestra. Y un

Apareció. Lo estábamos esperando, en silencio, agarrados a los brazos de los sofás y parapetados tras colillas mal apagadas y muecas de incredulidad.

–Tú no existes –le dije.

–Ya.

Y se fue.

2.

Nos acostumbramos a él, a sus vagares melancólicos, a su mirada translúcida e infinitamente triste. La curiosidad nos hizo preguntar por ahí, tratar de averiguar algo. Pero nadie sabía nada del anterior inquilino de la casa, de igual manera que nadie sabría nada de nosotros, después. Y por las noches ahí estaba, atravesando habitaciones, como buscando algo, como yendo sin prisas hacia alguna parte. Y un día nos pusimos en su camino, cada uno de nosotros cerró una puerta con su cuerpo y esperamos. Se detuvo, aplazando su búsqueda, y entonces le preguntamos a él. Comenzó a hablar, a contar una historia.

La había querido mucho, la había querido hasta hacerse daño y hacerle daño, la había querido tanto que el amor le cegó la vista y cuando pudo ver ya no había nada que mirar...

Y al día siguiente uno de nosotros no volvió.

Días después, me crucé con el huido en la calle. Ignoró mi saludo, cambió la dirección de sus pasos, se alejó de mí dejando una estela de color oscuro, llorando.

e ignorándome salió por la puerta. Ahora yo tampoco vuelvo a la casa, nadie va ya allí. Y ahora sé que él se ha convertido en el vivo, y nosotros en los fantasmas que deambulamos por los rincones, a la búsqueda de nuestros trozos rotos.

Ayer. Ayer me habló de ti...

David Ruiz, 1 de enero de 2001.